



Un incidente sin importancia

Rosa Maria Sardà

ROSA MARIA SARDÀ

Un incidente
sin importancia

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Rosa Maria Sardà, 2019
Autora representada por Casanovas & Lynch Literary Agency, S. L.
© Edicions 62., S. A.
© de la edición en castellano, Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: noviembre de 2019
Depósito legal: B. 22.666-2019
ISBN: 978-84-08-21726-8
Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.
Impresión y encuadernación: Liberdúplex
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

ÍNDICE

<i>El más pequeño de todos</i>	11
Cumpleaños	15
Vacaciones	21
La enfermera almidonada y el payés republicano	33
¡Qué lástima de niña!	43
Una boda	53
Un incidente sin importancia	67
Catástrofe ferroviaria	83

CUMPLEAÑOS

Querida:

Hace mucho tiempo que te debo una carta, pero he estado muy ocupada. Ya puedes imaginarte lo embarullado que quedó todo después de tu partida. Ya lo sé, no te exaltes, te veo levantando la ceja izquierda, pensando: ¡¡¡QUÉ DICE ESTA INSENSATA!!! Ya sé que era inevitable y que no fue tu voluntad.

Yo he hecho todo lo que he podido, y el tiempo ha hecho el resto. Ahora está todo en una sospechosa calma (no me fío un pelo), y aprovecho esta tregua para hacer lo que más me gusta y que siempre queda incomprendiblemente arrinconado por las obligaciones familiares, el trabajo, etc. Dadas en llamar «prioridades».

Instalada en la tregua, en esta mañana de verano que amenaza lluvia fuerte (en realidad, ya está cayendo un buen chaparrón), te escribo estas líneas sentada cerca de la ventana que llora con lágrimas negras (no se trata de la maravillosa canción ni de una figura poética,

es que llevo más de quince días sin limpiar los cristales, ya sabes lo poco que me preocupan estas cosas).

Te escribo arropada por los recuerdos, porque, déjame que te sea sincera, ¡añoro todo aquello! Aquel enjambre de chiquillos, tu casa, la espartana habitación que me ofreciste y que durante mucho tiempo compartí con los más pequeños... Nuestras veladas planchando y zurciendo calcetines, donde, quizá consciente de que nos dejarías pronto, me adiestrabas para la vida de una manera inocente, romántica y equivocada. No lo tomes a mal, es un halago, porque ahora me parece la mejor manera de preparar a alguien para todo lo que le puede pasar andando por el áspero, duro, grosero y humillante camino de la vida.

Gracias, querida, por la inocencia, la generosidad y el romanticismo. Este legado lo guardo en lo más profundo de mi corazón, junto con el más vívido recuerdo para ti.

Quién sabe si has olvidado (no lo creo) aquel cumpleaños mío... Bonita es la niñita cuando cumple quince años, la, la, la... Me regalaste un broche que eran dos pequeñísimos pajaritos... No sé qué ha sido de ellos, ¡quizá volaron junto con mis quince años! Ya sabes que acostumbro a perder muchas cosas por el camino.

Los chicos han crecido mucho.

Sanos de cuerpo y de mente.

Puedes estar orgullosa, ¡señora mía! ¡Todo un éxito!

Siempre fuiste una mujer brillante en todo, pero tus hijos, tus «hombres», son tu triunfo más sonado.

¡Mi enhorabuena!

La prueba más evidente de ello se la llevó Juan, tu hijo pequeño, cuando nos dejó, en el hatillo que le llevamos entre todos, un hatillo lleno de amor, rebosante de amistad y comprensión. El alimento imprescindible para hacer más llevadero cualquier camino, por solitario y cruel que sea. No partió solo, no te preocupes. ¡Le acompañó un pedazo de cada uno de nosotros!

¿Qué más puedo contarte después de tantos años?

Yo también he crecido, o mejor sería decir que he envejecido. Desde aquel día en que suavemente (según me contabas siempre) salí de tu vientre, como un ramillete de trigo, tan rubia y delgadita, tan leve. ¡Todo tan rápido! ¿Recuerdas? Una taza de chocolate, dos gritos, un empujón y fuera. Tan desvalidas e inocentes la una como la otra, veinte años tú, ninguno yo, ignorantes, por la alegría que nos proporcionaba tan precioso instante, de que el destino ya empezaba a separarnos, mucho más y más rápido que el carnicero corte del cordón umbilical.

Quizá llevo más tiempo del que imagino tirando de esta dura coraza que me aísla de todo, que me ha convertido en un ser inexpugnable para quien no sabe o no puede encontrar la pequeña grieta por donde dejo que me acaricie el alma, la amistad, el amor fraternal, las únicas cosas que pueden interesarme en el estado en que sin proponérmelo me encuentro.

La amistad, querida mía, es lo único que no me ha engañado, que no me ha traicionado, que alimen-

ta mi vida y me da alegría. Que no te asusten mis palabras, quizá te den una sensación de infelicidad; no es así, soy ciertamente feliz, acaso de una manera distinta de la que había soñado, pero más sólida, más lúcida. Queda siempre la tristeza del no saber. ¡Me habría gustado tanto conocer a mi felicidad soñada! Quizá la carencia me ha hecho tan cojonuda, ¡qué coño!

Hoy, un montón de años después de nuestro feliz encuentro, las alas de los pajaritos del diminuto broche aleteando dulcemente han abierto la pequeña ventana de los recuerdos. El más dulce para ti junto con mi agradecimiento por todo.

No sé cuándo podré escribirte de nuevo, no será por olvido o pereza, ya sabes cómo son estas cosas. ¡Hasta la vista!

Post Scriptum: Perdona el tuteo, pero ahora soy mayor que tú, ¡qué quieres! Te ha tocado ser joven por toda la eternidad, ¡¡¡no te quejes!!!

Un beso.